

El temible ojo de Luis Pásara sobre Lima-Perú, ciudad que acaba de visitar como consultor de Justicia Viva, después de prolongada ausencia.

Veinte años, ¿no es nada?

Luis Pásara

Once días en Lima. Para quien reside fuera desde hace mucho, ese lapso alcanza apenas para ganar una impresión casi fotográfica, recoger criterios de amigos de confianza y taxistas de ocasión, mirar los diarios algo por encima y enterarse de uno que otro dato. Sin embargo, poner juntos los elementos de un informal diario de viaje puede tener cierto interés.

La vigencia del tango clásico es la primera conclusión que a uno se le antoja al encaminarse al aeropuerto, con rumbo de salida. Sendero es una amenaza. Desde Palacio de Gobierno se asegura que no se trata de nada importante. Alan García, líder de la oposición, dice qué tendría que hacer el gobierno, particularmente para encarar el terrorismo. Y Javier Diez Canseco, entrevistado en la tv, se refiere a los presos senderistas de manera tan equívoca que parece defenderlos.

¿Estamos en el siglo XXI, o hemos vuelto a comienzos de la década del ochenta? ¿Gobierna Alejandro Toledo, sucesor de Fujimori, o Fernando Belaunde, sucesor del gobierno militar? Me dicen que en ingreso por habitante incluso el Perú está más atrás que eso, en los

años setenta. Pero las similitudes con el escenario de hace veinte años son inocultables. ¿Es que los peruanos no pueden aprender de la historia, hasta el punto de tener que vivir otra vez sus peores momentos?

||

Un viejo amigo, sociólogo, a quien respeto mucho, me recibe en su casa para "tomar lonche" y, apenas sentados, me dice: "El país está peor que nunca". Dada su habitual ecuanimidad, su frase me sobresalta y le demando explicaciones: "¿Peor que cuando la gente moría en atentados como el de Tarata o en sangrientas incursiones militares?". Precisa entonces que lo que en ese momento estaba en crisis era el Estado; hoy es la sociedad misma la que se desploma.

Almuerzo con el director de uno de los nuevos diarios, de gran éxito. Le cuento la caracterización hecha por mi amigo, el sociólogo. Mi nuevo interlocutor me dice que hay dos maneras de ver el Perú de hoy: como algo en crisis y decadencia o como algo nuevo que surge, totalmente al margen de viejos criterios y normas, pero con mucha fuerza. Algo que no tiene aún perfil definido porque es una transición, una especie de capitalismo cholo, "que no cree en nadie" y rechaza al

Estado y los políticos, dotado de mucha creatividad y empuje. Pienso en el discurso de los libros de Hernando de Soto y José Matos Mar. Le digo que no me convence la argumentación pero que, como si fuera jugador de póquer, "pago por ver". Recurre a un instrumento invencible: "¿Has ido al Cono Norte?". Pactamos que iremos juntos en mi próxima visita a ver, guiado por él, ese embrión de país pujante que, de generalizarse, constituiría un Perú mejor.

III

"¿A quién le va bien en el Perú?", me pregunta *Nena* apenas vuelto a casa. Me doy cuenta entonces de que, como desde hace mucho, son las historias personales negras las que uno escucha más cuando va al país. Y no es una tendencia quejosa como la que siempre hubo entre los porteños, incluso cuando podían irse de vacaciones fuera de Argentina dos veces por año.

En el Perú los dramas son reales. El marco lo dan las tendencias generales, como desempleo y pobreza, o las imágenes impactantes de los chicos que venden o piden algo en cada semáforo. Luego llegan las historias personales. Amigos profesionales que viven en lo que se llamaba "barrios de blancos" y tienen trabajo intenso me dicen que el problema está en que cobrar toma semanas o meses. La mayor parte de quienes trabajan dicen que están "con las justas".

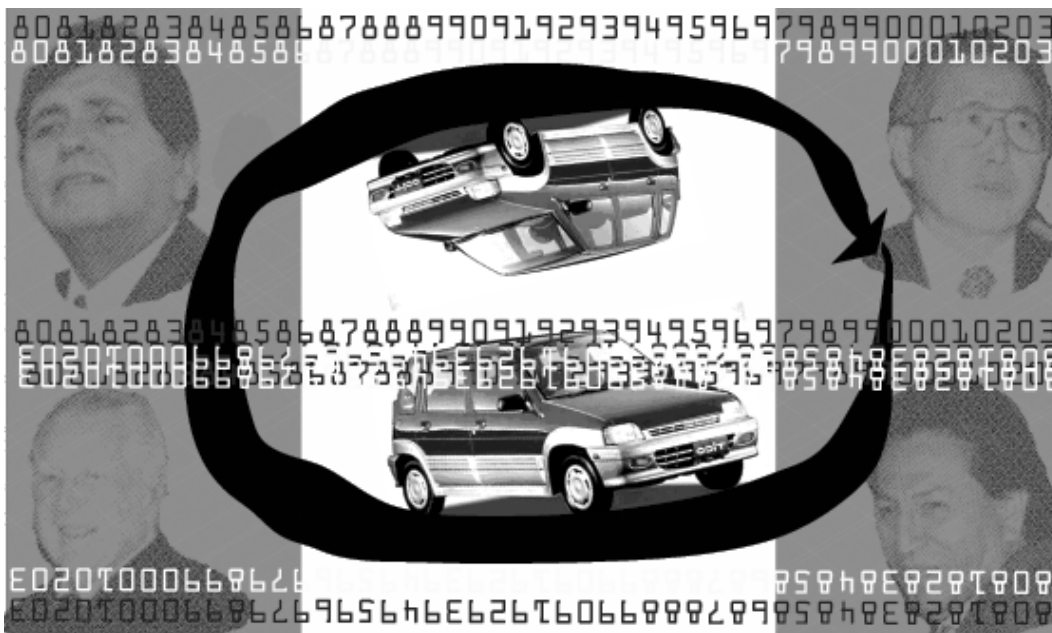
Amigos profesionales que viven en lo que se llamaba "barrios de blancos" y tienen trabajo intenso me dicen que el problema está en que cobrar toma semanas o meses. La mayor parte de quienes trabajan dicen que están "con las justas".

Veo periódicamente a quien fue compañera de trabajo; ya pasa los cincuenta y no tiene un mal empleo. Casada con una excelente persona, jubilado precozmente con una pensión ridícula, tiene casa propia y dos hijas. Una terminó ya la universidad y la otra está terminando. Ambas planean irse del país "como sea y a lo que sea", detalla mi amiga. Le duele que sea así, pero las ayudará porque ella tampoco ve otra salida.

Voy a Arequipa. Encuentro a un amigo a quien no veía desde hace más de treinta años. Me cuenta las enfermedades que, a los sesenta y dos años, lo cercan. Dos de sus tres hijos no se han independizado totalmente; pese a que se casó muy joven, él sigue parcialmente a cargo de una familia que ha resultado extensa. Trabajó cuarenta años en la universidad y lo echaron con una pensión de 1.500 soles. Tiene que trabajar sin tregua para recibir otros dos mil con los cuales completar el presupuesto. Con el nivel de precios del Perú, estoy seguro de que esos mil dólares mensuales que reúne no le sobran.

Son las historias que, con mayor o menor dramatismo, uno escucha al ir al Perú. A la mayor parte de gente conocida "le fue mal". No al amigo que dirige exitosamente su diario, y seguramente tampoco a quienes frecuentan los restaurantes limeños, caros o no, que parecen ofrecer lo único del país que mejora sin interrupción: la calidad de la comida.

El Comercio y Wong son dos ejemplos enormes de éxito empresarial. Sería bueno explicarlo, más allá de repetir la simpleza de que saben beneficiarse de un mercado relativamente reducido. No es tan reducido y no solo esas empresas se benefician de él. Voy una tarde a Plaza San Miguel y es muy difícil abrirse paso entre los compradores. Pero lo que impresiona en algunos pocos casos es el nivel de eficiencia alcanzado en medio de un país que no funciona o funciona "a media caña". Como se preguntaba Roberto Mac Lean en voz alta en



Gráficos: Diego Molina

una ocasión: "Si funciona Wong así, ¿por qué no puede funcionar igual el Poder Judicial?".

IV

En Arequipa me recibió un grupo de jóvenes que trabajan en diversas actividades y han organizado la conferencia que fui a dar. "No somos una ONG", me previenen, y precisan que no reciben fondos de nadie, que son voluntarios trabajando en diversas actividades, encaminadas a que las cosas mejoren. No tienen una definición política.

Vamos a una cafetería y me siento a escucharlos. De vez en cuando interrumpo con preguntas sobre la universidad, los jueces y el gobierno regional. Todo es un desastre. Pero me sorprenden con una combinación que no imaginaba posible en el Perú de hoy: son críticos agudos de una realidad medio podrida y, a la vez, no se hallan desesperanzados. Les agradezco, los felicito, porque se lo merecen. Pero después de unas horas me sobreviene la duda: ¿Cuánto tiempo durarán así? ¿Por cuántas frustraciones necesitarán pasar para desengañarse?

¿Es el desengaño lo que vuelve a alimentar a Sendero Luminoso? Un taxista cree saberlo

bien: una vez que se le ganó militarmente, todo volvió a ser como antes. "Se dejó a esos pueblos en el abandono y ahí tiene usted." "Nada ha cambiado", sentencio un poco apresuradamente por mi parte. Él me corrige rápidamente: "Lo que ha cambiado es Sendero. Se equivocaron usando un exceso de violencia y ahora ya no". Este entrevistado eventual cree que las guerrillas tienen ahora mejores posibilidades. Seguramente no será así en el Cono Norte de Lima, pero sí puede serlo en ciertas partes del país; lo suficiente como para mantenerse como un problema endémico.

V

Los peruanos que viven fuera se refieren al país para hablar del gobierno (mal) y de la comida (bien). Porque, claro está, cuando uno va a Lima familiares y amigos cercanos convierten la visita en agasajo. Esa es la manera en que el peruano manifiesta cariño: con la comida. Pero, fuera, también se habla mucho de la delincuencia.

Oí de los temidos "puntos rojos" de la ciudad. Me dijeron que asaltan y violan en un Centro Camino Real medio abandonado. No me tocó vivir nada de eso durante los once días. Más

Este entrevistado eventual cree que las guerrillas tienen ahora mejores posibilidades. Seguramente no será así en el Cono Norte de Lima, pero sí puede serlo en ciertas partes del país; lo suficiente como para mantenerse como un problema endémico.

bien, caminé un par de noches por San Isidro y me sorprendió la combinación del Serenazgo, la Policía y los guardias particulares, que a uno lo hace sentirse seguro. No es, sin embargo, la sensación que visita al aproximarse al mostrador de la línea aérea nacional y constatar que la latita del Hospital San Juan de Dios está amarrada firmemente para evitar que, en lugar de dar limosna, alguien se la tome.

Esa posibilidad aparece falsamente remota cuando uno ve la diversidad de libros hermosamente impresos que han aparecido en los últimos años. Sean de turismo, de cocina, de historia o de ruinas arqueológicas, son volúmenes que podrían haberse editado en un país desarrollado. Algunos cuentan con el auspicio de empresas exitosas que los regalan con el producto a sus mejores clientes. Otros se venden, con precio en dólares, para ser usados como regalos exquisitos. El Perú, cada vez más, es territorio de contrastes.

Y de conflictos. Escucho la versión de una tensión entre el directorio del Banco Central y su presidente. Luego me explican que en rigor se trata de una guerra a muerte: o uno o los otros. Conozco bien a buena parte de los integrantes del grupo e intuyo que, dadas las diversas escuelas a las que pertenecen los miembros del directorio, esta vez no se trata de un conflicto de política económica. Me lo confirman: es una pelea por el poder... el poder interno en el BCR. Ninguna explicación parece suficiente pero el hecho está ahí, inevitable,

recordando una incapacidad innata para ponernos de acuerdo.

VI

A ese territorio, de contrastes y conflictos, algunos pocos se atreven a volver. Veo primero a una pareja de parientes, que pasaron veinte años fuera en otros dos países y, presa ella de nostalgia, porfió al marido para regresar a su tierra, que además no es la de él. Bueno como el pan, él aceptó y diseñó prudentemente el plan de instalar un negocio.

A mes y días de haber abierto el local, ya los vi arrepentidos. Él me contó el calvario de los trámites en la municipalidad donde cada vez que va para presentar los papeles exigidos, aparece un nuevo requisito que no fue mencionado en la ocasión anterior. Semanas de lucha en las que un día parece avanzarse y al siguiente retroceder. De vez en cuando, alguna amenaza velada. Él ha decidido que no pagará *coima*, aunque se la pidan, y ahí sigue. Pero ya concluyó: "No debimos volver". Le recuerdo que vienen de un país donde hay un conflicto armado y no lo disuado: "Con bombas y todo, nos hubiéramos quedado".

Para mi sorpresa, ella asiente. Y a renglón seguido me cuenta la desilusión al volver a la familia con la que soñó volver a compartir la vida cotidiana. Me cuenta varias anécdotas en respaldo de considerar ahora un error el haber vuelto.

Me invita a cenar un amigo con el que trabajé en Centroamérica durante varios años, a lo largo de los cuales casi cada día me contaba con entusiasmo lo que veía por cable en *Buenos días, Perú* y *24 Horas*. Acaba de jubilarse de un organismo internacional y, por supuesto, no vaciló ni por un momento en volver al Perú. Compró un departamento en San Isidro y se dio a la tarea de la instalación. Me cuenta varias anécdotas al hilo que tienen que ver con la empresa de cable, el arquitecto que contrató para hacer un trabajo en el departamento y el



trámite de renovar su brevete, entre otras cosas. "¿Sabes lo que pasa?", me confía: "Uno se desacostumbra a la pendejada."

Su visión es benevolente. Porque sugiere no que el país está peor sino, simplemente, que no ha cambiado y que quienes estamos fuera le perdimos el paso. Pero, igual que las personas, la sociedad que no mejora, retrocede. En el caso peruano hay datos que lo demuestran. Durante mis pocos días en Lima se publicó un estudio que había medido en América Latina la comprensión de lectura en jóvenes de quince años, donde el Perú estaba situado peor que en fútbol: en el último lugar. Paralelamente, el Banco Mundial hizo conocer un trabajo que, con una metodología muy elaborada, midió el impacto del programa del Vaso de Leche en la nutrición de los niños servidos por él: no sirvió de nada; la desnutrición no retrocedió.

Esas evidencias refuerzan la sensación de vuelta atrás, en veinte años o más. Lo expresó mejor Jorge Basadre, hace mucho: "El Perú es un país de arena". Durante una etapa, se hace

esfuerzos, se emprende cambios, se construye instituciones, y luego viene un viento fuerte o un manotazo, "una crisis", y ahí estamos, como el desierto. ¿Habrá valor y fuerzas para comenzar otra vez?

Aunque las encuestas indican que once por ciento de los peruanos respaldan al presidente Toledo, a lo largo de mis pocos días en el país, y mis diversos interlocutores, no encontré una sola persona perteneciente a ese once por ciento. Le pregunto por la situación política a otro de mis entrevistados cautivos, un taxista que me lleva hacia el sur de la ciudad. Se expresa desengañado por el gobierno de Toledo, pero no tiene amargura y, para mi sorpresa, niega con rotundidad la alternativa de acortar el periodo de gobierno con nuevas elecciones u otro ardid semilegal. "Nos hemos equivocado", dice convencido, "y hay que esperar otros tres años." Es una lección positiva que, a lo mejor, promete que los siguientes veinte años no sean también perdidos. ▲